

LA EXEGESIS RABINICA EN LENGUA SEFARDI.
FUENTES PARA SU ESTUDIO

ENTRE las varias ramas todavía casi inexploradas, al menos para los eruditos e investigadores cristianos, de la Filología hebrea y la Escriturística, ambas tan íntimamente relacionadas y que constituyen el núcleo principal del sector hebraico en los estudios de Filología Semítica cursados en algunas de nuestras Facultades de Letras, ocupa un lugar destacado la *Exégesis rabínica*, cuya investigación y cultivo ofrece vario e innegable interés.

Consideremos, ante todo, que la Biblia es el monumento literario más grandioso de la humanidad, gloria incommovible y perdurable del pueblo de Israel, cuya misión trascendental, historia interna y externa, instituciones e ideales están cifrados en ese Libro inmortal, clave al propio tiempo de toda la literatura judaica posterior. Escrito por hebreos y para los hebreos, primordialmente, a ellos compete en primer término, en el orden del tiempo, la adecuada interpretación del mismo; de ahí que la Exégesis escrituraria, por lo que al pueblo de Israel se refiere, deba abarcar un período cronológico tan extenso como el de la data del primer libro bíblico hasta el día de hoy. Hasta la aparición del cristianismo el pueblo hebreo fué, naturalmente, el único intérprete de su sagrado depósito. Al brotar del tronco milenario de la religión mosaica una nueva y pujante rama que pronto se convertiría en árbol frondoso, la Iglesia de Cristo, los hagiógrafos del Nuevo Testamento, hebreos también de raza en su casi totalidad, incrementaron cuantiosamente las

páginas del divino Libro, y, establecida una irreductible divergencia entre ambas religiones en más de un punto capital, surgió la hermenéutica cristiana que tan copiosos frutos ha producido durante veinte siglos.

El pueblo hebreo ha seguido siendo en todo el curso de la era cristiana, como lo fué anteriormente, el fiel depositario de la "verdad hebraica" del Antiguo Testamento entre infinitos azares y dificultades; ha conservado asimismo a través de su doloroso historia las patrias tradiciones, los estatutos y costumbres ancestrales con piadosa veneración; y ha seguido imbuyendo su vida entera, su ideología y todas sus producciones literarias en el espíritu de la Biblia. Por eso con justicia se le llama "el pueblo del Libro". Pero, aparte de esa irradiación universal con que el sol de la Biblia ilumina y fecunda el alma de Israel, éste ha dedicado en todo tiempo sus más ardorosos anhelos y las flores más exquisitas de su ingenio a esclarecer los insondables misterios de ese Libro singular. "La exégesis de la Biblia —consigna la Enciclopedia Judaica Castellana (I, 250)— ha sido el esfuerzo intelectual de mayor envergadura del pueblo judío en el exilio", especialmente durante los mil años que siguieron al agrupamiento y canonización de los diferentes libros que integran la Sagrada Escritura. Con todo, siglos antes ya había empezado la preocupación exegetica, a tenor de las nuevas necesidades que su especial situación creaba en el pueblo judaico. Y por lo que se refiere a épocas posteriores encuadradas en el segundo milenio de nuestra era, la constante meditación escrituraria, pábulo eterno del alma israelita y sabroso manjar espiritual de sus sabios, cristalizó en infinitos comentarios y supercomentarios de la Torá, los Profetas y Hagiógrafos. Como significativa muestra recordaremos solamente que del famosísimo comentario de Rasí (R. Selomó ben Ishaq, 1040-1105), el glorioso Rabino de Troyes, al Pentateuco, "el más popular quizá de todos los libros hebreos después de la Biblia", en frase de H. Cassuto, se han recontado cerca de doscientas elucidaciones. Las listas de autores y obras sobre exégesis escrituraria que esmaltan las páginas de las enciclopedias judaicas y manuales literarios son interminables, constituyendo la más espléndida aureola del amor de Israel al divino Libro.

Grandiosa es en verdad la actividad exegetica desplegada en la Iglesia por los Padres Apostólicos, Apologistas, Doctores e intérpretes sagrados en todos los tiempos, que llenan esos venerables infolios de la Patrología griega y latina y ocupan amplios anaqueles en las grandes bibliotecas de nuestras viejas Universidades y Seminarios; pero no va

muy a la zaga la inmensa labor desarrollada por los sabios Rabinos y Doctores de Israel en el florido campo de las praderas bíblicas.

Refiriéndose el Sumo Pontífice en su encíclica *Divino adflante* al estudio de las obras y comentarios de los Santos Padres y Doctores católicos, se lamentaba en estos términos: "De doler es, en verdad, que tan preciosos tesoros de la cristiana antigüedad sean demasiado poco conocidos a muchos de los escritores de nuestros tiempos, y que todavía los cultivadores de la historia de la exégesis no hayan llegado a hacer cuanto en cosa de tanta importancia parece necesario para conocerla y estimarla como ella merece. Ojalá sean muchos los que examinando diligentemente los autores y las obras de interpretación católica, y como alumbrando las casi inmensas riquezas en ellas acumuladas, contribuyen eficazmente a que cada día más aparezca en qué alto grado vieron ellos la doctrina de los Libros Santos, cuánto la ilustraron, y los intérpretes modernos tomen de ellos ejemplo y oportunos argumentos" (n. 17).

Idéntico reproche y semejante instigación podrían hacerse igualmente por lo que respecta a los doctores del judaísmo y el inmenso acervo de sus obras exegéticas, y con tanta más razón cuanto que durante dos milenios han vivido cristianos y judíos en una atmósfera de mutuo desconocimiento y recíproco desdén, principalmente en lo que atañe a la investigación de las Sagradas Escrituras y su adecuada hermenéutica.

No podemos desplegar aquí el cuadro grandioso de la exégesis rabínica en los distintos períodos y países, según las diversas escuelas o tendencias, ni descender al estudio de la naturaleza y métodos de elucidación escrituraria en uso entre los rabinos; solamente nos importa poner bien de relieve la magnitud del esfuerzo, la no interrumpida actividad durante tantos siglos y la extraordinaria importancia que reviste para el mejor y más completo esclarecimiento de la verdad escrituraria.

No ha sido el mencionado mutuo recelo la única razón de que esos tesoros exegéticos se hayan conservado hasta ahora en su máxima parte enigmáticamente cerrados bajo siete sellos para los escrituristas cristianos. La dificultad potísima para abordar su estudio seguramente ha sido la lengua en que fueron escritos, o más bien las lenguas, ya que son tres las que en la antigüedad y medioevo sirvieron de vehículo a la expresión exegética del pueblo judaico: el hebreo, el arameo y el árabe, las tres de ardua comprensión para la mentalidad latina y occidental, y que hasta nuestros días, pero sobre todo antes del Renacimiento, sólo tuvieron escasísimos cultivadores en los países cristianos. Lo enrevesado y enigmático de las escrituras hebrea y arábica, con su fuga de vo-

cales, han constituido una traba más para la lectura e interpretación de esos textos, sobre todo en sus fuentes manuscritas. La aljamía judeo-árabe, ya empleada por los hebreos en la Edad Media y conservada hasta hoy en los países de habla árabe, decuplica la dificultad susodicha, ya que, aparte del perfecto conocimiento de ambas lenguas, requiere una gran práctica y expedición en tal sistema de escritura.

El *Targum*, o más bien los Targumín, ya que son varias las recensiones de este tipo, constituyen, como es sabido, el primer intento de interpretación antiguo-testamentaria, y son versiones parafrásticas en lengua aramea. La *Misná*, laboriosa recopilación de la Ley oral llevada a feliz término en las postrimerías del siglo II de nuestra era, representa el monumento más antiguo y completo del hebreo post-bíblico y rabínico, y por su extremada densidad y concisión, multiplicidad de materias e infinitas alusiones, es uno de los libros de más dificultosa comprensión sin los auxilios bibliográficos necesarios. Basado y constantemente conectado, mediante innumerables referencias, con la Biblia, viene a ser también, en cierto modo, una elucidación exegética de numerosos pasajes de ésta. El *Talmud*, o más específicamente la *Guemará*, complemento y exposición de la *Misná*, las dos partes que lo integran, es una inmensa amalgama de todos los conocimientos de su época en los países orientales donde fué elaborado durante el primer quingentenario de la era cristiana, y al igual de la *Misná*, cuya trayectoria sigue, está esmaltado de citas y referencias escriturarias, las cuales, al par que ilustran las materias en cuestión, revelan, por el empleo que de ellas se hace, la interpretación exegética que se les da. Sabias e ingeniosas consideraciones, máximas y sentencias, anécdotas, refranes, etc. aclaran y enriquecen copiosamente ese vasto elucidario de cuestiones bíblicas que son, entre varias otras cosas, el Talmud palestinese y el Talmud babilónico. El lenguaje de uno y otro es abstruso y heterogéneo, predominando en el primero el arameo judaico de Palestina, muy semejante al arameo bíblico de Daniel y Esdras, y en el segundo el arameo oriental, afín del dialecto mandeano.

La abundante y apocalíptica literatura apócrifa antiguo-testamentaria, redactada en gran parte en hebreo o arameo a lo largo de los siglos inmediatamente anteriores y posteriores a la era cristiana; los *piyutim* ● poesías litúrgicas de los *paytanim* que florecen hasta el año mil y paulatinamente van siendo conocidas; la labor inmensa y duradera de los Masoretas, son ●tros tantos campos espaciosos donde el exegeta cristiano puede libar exquisitas mieles.

La nutrida falange de personajes judíos que en el período gaónico oriental mantienen el esplendor de las grandes academias de Sura, Pumbedita, Tiberíades, Kairawán y tantas otras, entre las que se destaca como astro de primera magnitud Sa 'adía ha-Gaón; las glorias excelsas del ciclo hispano-árabe, en el que la cantidad de cultivadores agregios de las letras hebraicas rivaliza con la alta calidad; los ilustres representantes de la escuela franco-septentrional, con Rasí a la cabeza, y los de la franco-meridional, prestigiada por la familia Qimhí, oriunda de España: todos estos grandes escritores judaicos, que compusieron sus obras en lengua árabe o hebrea, ofrecen un repertorio de cuantía y valor incalculable para la investigación escrituraria. Gran parte de ellas no han sido todavía divulgadas en lenguas modernas; aun las traducidas al latín o alguna otra lengua europea son de difícil consecución; y, sobre todo en lengua hispana, la penuria que padecemos de versiones de esas obras, aun de las celebérrimas de primera fila, es lastimosa y desconsoladora.

Todas las grandes ramas de la literatura hebrea post-bíblica en la edad antigua y medioevo participan largamente de la savia bíblica, y se reducen directa o indirectamente, en último término, a una exposición del contenido escriturario o de sus obvias derivaciones. Los comentarios propiamente tales sobre el Pentateuco en primer lugar, y sobre los libros todos de la Sagrada Escritura, ya sean de carácter literal, ya alegórico, homilético, esotérico o cabalístico, o bien mixto y universal, destácanse de un modo extraordinario en el conjunto de la producción. En cualquier biblioteca, privada o comunal, netamente hebrea, como las que pueden visitarse en las ciudades marroquíes o de otros países norteafricanos de fuerte contingente y tradición israelita, llama la atención la cantidad de comentarios bíblicos y obras exegéticas de doctores judíos de todas las épocas, muy superior a la de cualquier otra rama de las letras y las ciencias rabínicas. Pero aun éstas, sin distinción, insistimos, están saturadas del espíritu bíblico y cuajadas de citas escriturarias, desde el principio hasta el fin (portada y colofón), constituyendo, por lo tanto, un inmenso repertorio de sentencias y versículos del texto sagrado, de los cuales se nos ofrecen infinitas irisaciones semánticas, bien de carácter literal y objetivo, bien de tipo alegórico o místico, a través de la especial psicología y mentalidad de cada autor y tendencia, dentro de la ortodoxia judaica.

¿Qué se conoce de todo ese vasto piélago, donde hay tantísimo aprovechable, en el campo de la exégesis cristiana? Apenas nada. Algunas

de las obras cumbres de la literatura judaica medieval fueron vertidas al latín por los grandes hebraístas europeos, tales como Arias Montano, los Buxtorf, Blas Ugolini y sus colaboradores del colosal *Thesaurus antiquitatum sacrarum*, etc. Pero aun estas versiones, escasas y anticuadas, resultan de muy difícil acceso.

Urge, por lo tanto, en este resurgimiento de los estudios bíblicos a que asistimos hace varios lustros en diversos países, entre los que cabe muy honroso puesto a nuestra España, llenar cuanto antes esa laguna aprovechando sabiamente las meritisimas aportaciones de la exégesis judaica.

El valor de esas obras e inmensa labor, cuyo conocimiento y adecuada apreciación inculcamos, en que tantas y tan egregias figuras del judaísmo consumieron sus doctas y largas vigiliás, poniendo a contribución su infinito amor a la Torá, la auténtica sabiduría de Israel, es de muy diversos quilates, según la categoría intelectual de cada autor, como necesariamente habría de ocurrir en cualquier esfera. Ciertamente no podemos situar en primerísimo plano de la importancia a todos esos innumerables comentarios, a pesar de sus méritos esporádicos, que nunca faltan, ni siquiera aconsejar su traducción y divulgación, pues no correspondería el esfuerzo requerido a su utilidad real. Mas tampoco sería discreto, antes argüiría vituperable ignorancia y menguado criterio, incidir en el extremo contrario, motejando desdeñosamente de "rabínica" en su acepción peyorativa esa magna labor exegética, empresa de titanes y obra tanto de la inteligencia como del corazón, cuyas flores no se marchitan. Por ese cauce caudaloso de la tradición judaica, que supo conservar incorrupto el sagrado texto, como ha reconocido la Iglesia, corren aguas cristalinas y torrenciales que pueden alegrar la ciudad de Dios.

También aquí sería oportuna la referencia de analogía con la inconmensurable labor escrituraria y exegética de los doctores e intérpretes cristianos durante el mismo período de veinte siglos. Desde un punto de vista estrictamente hermenéutico no sería acertada una valoración superior en masa de todos los comentaristas patrísticos y bíblicos de toda especie, aun salvando sus méritos parciales y esa "suave perspicacia de las cosas celestiales" tan provechosa para el fomento de la piedad con que Dios adornó a los Santos Padres y a muchos expositores sagrados y escritores ascéticos y místicos, de conformidad con el oficio que les dió en la Iglesia, como agudamente afirma el Sumo Pontífice en la citada encíclica. En todos los órdenes de la erudición, ante la ba-

lumba de la producción acrecida sin tregua a través de los siglos y hoy a marchas forzadas, se impone como ley de vida la más severa y restrictiva selección. Como el mismo Pontífice reconoce, dichos Santos Padres y doctores católicos “a veces estaban menos provistos de erudición profana y del conocimiento de las lenguas que los de nuestros tiempos”, e igualmente podría añadirse menos enterados de las antiguas costumbres patriarcales, instituciones, ritos y costumbres de la vida israelita, cuyo conocimiento es imprescindible para la perfecta interpretación de tantos pasajes oscuros y expresiones del texto sagrado. Todas estas enseñanzas y cuantas integran el conjunto general de las ciencias judaicas y la vida israelítica, han constituido el pan espiritual desde la niñez en el pueblo judío, en todo tiempo y lugar, y, con raras excepciones entre los cristianos, nadie mejor que los hebreos, sobre todo sus doctores y hombres de letras, han dominado la difícil *lengua santa*, tan amorosamente conservada y cultivada a través de las edades en los azares de una Diáspora bimilenaria. Rindamos, por lo tanto, al pueblo hebreo el merecido tributo de justicia y gratitud por su entrañable adhesión a la Sagrada Escritura en la “verdad hebraica” y el constante estudio y meditación que siempre la han prodigado, legándonos un tesoro inapreciable en su labor exegetica.

* * *

La dispersión del pueblo judío por todos los países del mundo civilizado les impuso la perentoria necesidad de adoptar la lengua oficial o vernácula de cada uno, y su inclinación al cultivo de las letras los movió a emplear esos idiomas, rivalizando a menudo con los demás hablantes de éstos, en las producciones de su ingenio. Así, además del hebreo, arameo y árabe, de que anteriormente hicimos mención, otras muchas fueron asimismo vehículo de su pensamiento, y en todas las lenguas europeas crearon los judíos una copiosa literatura de acusadas características. (Vid. EJC, VI, 635 y VII, 111-152).

Además desarrollaron modalidades lingüísticas especiales, verdaderos dialectos dentro de ciertas lenguas, tales como el judeo-árabe, judeo-persa, judeo-griego, etc. Pero entre todos existen dos de capital importancia, como especial representación de las dos ramas principales del judaísmo, la *askenasi* y la *sefardí*, y son: el *idish* o judeo-alemán y el *ladino* o judeo-español. Este último, todavía muy incompletamente estudiado, y que apenas ha hecho acto de presencia en la Filología espa-

ñola, reviste excepcional importancia en la cultura hispánica y es objeto de atención en el presente estudio, como expresión de una abundante literatura exegética.

Tal es el desconocimiento y despreocupación que hasta hoy ha existido en España con respecto a la lengua (como en los demás aspectos) conservada cual preciosa reliquia por los sefardíes descendientes de los judíos expulsados en 1492, tanto en el habla usual como en sus libros, que la voz *ladino*, con que entre ellos se designa, ni siquiera figura en el Diccionario de la Academia, como tampoco en los demás, que tan de cerca le siguen, con esa acepción.

Ante todo conviene aclarar su significado y establecer una distinción. "*Ladino* —copiamos de la EJC—: romance o castellano antiguo y también nombre del idioma o dialecto judeo-español que todavía se habla en los países balcánicos, en el Medio Oriente y en Africa del Norte. El nombre proviene de *latino* y se aplicaba por los judíos a la lengua del país, para diferenciarla del hebreo. Después de la expulsión de los judíos de España, *ladino* llegó a ser sinónimo de español, pero en la forma que lo hablaban los desterrados... Entre los judíos sefardíes se designa con *ladino*, por lo general, el lenguaje de las traducciones de los libros litúrgicos al judeo-español, mientras que el idioma hablado se llama *judezmo* o *español*."

Es decir, que diríase establecen, siguiendo antigua tradición, una diferenciación en cierto modo análoga a la del uso cristiano del *latín*, como lengua eclesiástica y la lengua vernácula (castellano o cualquier otro idioma, según el país).

Si en la indicada restricción, en cuanto a la acepción estricta de ladino, reservado para dichas "traducciones de los libros litúrgicos", se incluye, como parece obvio, las traducciones de la Biblia (A. T.) realizadas por judíos y para los judíos, desde el siglo XII y perpetuadas hasta hoy, y los antiguos comentarios exegéticos del mismo carácter, y aun las viejas versiones de ciertos libros de tema religioso (ascéticos, místicos, de poesía sagrada, etc.), tendremos ya naturalmente acotado y sobre una base lingüística bien destacada el campo de la investigación que preconizamos, es decir: el *ladino religioso*. Porque es de advertir que la lengua y literatura sefardí constituyen materia muy amplia y compleja; basta, para darse cuenta, con echar un vistazo al artículo correspondiente en las enciclopedias judías (v. gr. EJC). Varias razones acrecientan esa dificultad, como son: los numerosos siglos que abarca, puesto que parece seguro, y así lo admiten los autores, que

el dialecto judeo-español ya acusó ciertas particularidades y formas arcaicas con anterioridad a la expulsión; el fuerte sedimento hebraico enraizado en su léxico, locuciones y estilo; los muchos y diversos países donde las comunidades sefardíes han venido usándolo, absorbiendo multitud de vocablos del idioma oficial de cada uno o de otras naciones (v. gr. del francés); y la multiplicidad de temas tratados, puesto que, como lengua escrita, ha servido para toda clase de géneros literarios. Para mejor resolver toda esa serie de complicaciones la investigación necesita ir acotando aspectos.

El “ladino religioso” ofrece un carácter más uniforme y en cierto modo *canónico* en todos los países, por la influencia predominante de las antiguas versiones de la Biblia, conservadas fielmente con ligeros retoques, durante varios siglos, en todas las comunidades sefardíes; arrastra un caudal mayor de términos hebreos y menor, en cambio, de las lenguas vernáculas; y gran número de vocablos y locuciones arcaicas, hondamente sugestivas y henchidas de sabor y casticismo, han quedado como estereotipadas resistiendo tenazmente la fuerza innovadora y evolutiva del lenguaje.

Pero no es nuestro intento en el presente estudio exponer la naturaleza y características de la lengua sefardí en ninguna de sus modalidades, ni siquiera en la religiosa, sino poner de relieve la importancia que encierra la literatura exegética plasmada en esa lengua y señalar las principales fuentes para su investigación.

En el vigente plan de estudios universitarios de España, índice siempre de las coetáneas corrientes ideológicas en cada especialidad y faro ilustrador de las tareas y preocupaciones investigadoras, aparte de la obvia atención, por lo que a la Filología hebraica se refiere, a todos los aspectos de la cultura hebrea, bíblica y rabínica, existe una asignatura de *Exégesis lingüística bíblica* y otra de *Lengua y literatura rabínica*, ambas en el último año de la Licenciatura, como coronación de los estudios hebraicos. Para una y otra reviste capital importancia el conocimiento de la copiosa literatura exegética compuesta por escritores judíos en “ladino” o judeo-español. En ella se recoge todo el inmenso caudal del saber judaico elaborado durante dos milenios en orden a la interpretación tradicional de los sagrados libros del Antiguo Testamento, en cuanto al sentido *literal* y también el *alegórico*.

Nada absolutamente se ha escrito ni investigado sobre este tema en nuestra patria, y muy poco por extranjeros. En los grandes centros modernos judaicos de cultura e investigación se viene realizando una me-

rítísima labor de alta divulgación de la literatura rabínica, con especial atención a su época áurea, la hispano-árabe; se siguen editando los comentarios escritos en árabe o hebreo por las grandes lumbreras del judaísmo y las elucidaciones de los mismos; pero la rama especial que señalamos apenas ha atraído la curiosidad de los doctos ¹.

Los rabinos y eruditos judíos prefieren, como es natural, acudir a las mismas fuentes hebreas de los grandes exégetas y doctores del judaísmo medieval y de todos los tiempos, y consideran la exégesis en lengua sefardí más bien como obra de divulgación y adoctrinamiento de la masa popular. Ya se advierte que sus puntos de vista y posición fundamental son totalmente distintos de los que pueden suscitar la docta curiosidad de un investigador cristiano o español. Por lo tanto, tal consideración no amengua los valores que para nosotros atesora la literatura exegética —como la de otros temas— en lengua sefardí, tanto más que son múltiples y de diverso orden las razones que abonan su importancia. Enumeremos algunas:

1.º) Recoge lo fundamental de toda la exégesis rabínica escrituraria contenida en esas otras obras “clásicas” del judaísmo, y aun de todas en general, de tan arduo acceso, por las indicadas dificultades inherentes a las lenguas en que están escritas, como por la rareza y difícil consecución de sus ediciones antiguas y alto precio de las modernas, cuando las hay.

2.º) Nos da a conocer la tradicional interpretación judaica de la Sagrada Escritura, de inestimable valor, al par que la historia y vicisitudes de la exégesis rabínica. Basta recordar, para la justa valoración de ésta en relación con la cristiana, que fueron judíos los maestros del Doctor Máximo en las Sagradas Escrituras, San Jerónimo, como él mismo nos manifiesta, y no pocos exegetas y expositores católicos de todos los siglos procedían de las filas del judaísmo.

3.º Para la interpretación literal de la “verdad hebraica”, de los

(1) Como interés general por el ladino y su literatura nos place recoger el siguiente dato de la revista SCOPUS (Agosto 1949, n.º 1-2), publicación de la Oficina latino-americana de la Universidad hebrea de Jerusalén, entre los acuerdos de la 15 reunión del Consejo Directivo de la Universidad Hebrea:

“Se resolvió pedir al Consejo Ejecutivo que consiga contribuciones especiales para cubrir el nombramiento de un profesor de Ladino por un número razonable de años; crear luego una cátedra de *Lengua y Literatura ladinas*; y autorizar a la Comisión interina para confirmar el nombramiento de tal profesor, después del procedimiento académico de rutina en el Senado y en el Consejo Ejecutivo”. (p. 17).

géneros literarios bíblicos, hoy tan en boga, de las instituciones, usos y costumbres, historia y vida interna de Israel cuyo conomiento tanto ilustra el texto sagrado, el testimonio y opiniones de los sabios rabinos, como complemento de la exégesis patristica cristiana y salva siempre la autoridad de la Iglesia, debe sernos del más alto aprecio. En su enciclica *Divino adflante* insiste el actual Pontífice sobre la necesidad de la investigación profunda del sentido *literal*, “del cual —en frase de Santo Tomás— únicamente puede deducirse argumento”. Tanta o más autoridad que Flavio Josefo, frecuentemente citado por los escritores cristianos, pueden tener en ciertos casos otros autores judíos, como es el caso, por ejemplo, de los gramáticos, principalmente los hispano-judíos, cuya meta ulterior en sus estudios lingüísticos era precisamente la elucidación del texto *escriturario*.

4.º) Para la interpretación espiritual, alegórica y mística de los Sagrados Libros y sus recónditos misterios prestan asimismo no escasa ayuda numerosas obras judaicas, ya que tal directriz se acusó fuertemente, sobre todo desde Filón de Alejandría, en amplios sectores y diversas escuelas del judaísmo, y es notorio que este autor influyó aun más en los exegetas cristianos que en sus mismos correligionarios.

5.º) En la copiosa literatura escrita por los sefarditas en su dialecto judeo-español, generalmente editada en caracteres hebraicos, totalmente desconocida entre nosotros, existe un caudal inmenso de obras exegéticas que sería utilísimo aprovechar y divulgar. Lo mismo que en el resto de la literatura judaica, esta especialidad ocupa la primacía entre todas las demás. Dicho está que cualquier género de investigación relacionada con la lengua y literatura sefardí ofrece dificultades insuperables a quien carezca de un sólido conocimiento de la escritura y lengua hebrea, aparte de otras nociones subsidiarias. La necesidad, por consiguiente, de investigar esta rama lingüística del español, de tan subido interés en la gramática histórica, lexicología y otros aspectos de la lengua española, es evidente y apremiante, debiendo proceder, como beneméritos y generosos pioneros en la labor previa, los cultivadores de la Filología hebrea.

6.º) Todavía alcanza esta rama de que nos ocupamos una utilidad más universal, ya que eventualmente puede suministrar datos curiosos e inesperadas aportaciones sobre cualquier materia del saber, pues la actividad intelectual judaica jamás tuvo límites y escaló todas las cimas. Esos comentarios bíblicos tan minuciosos y con frecuencia tan difusos, se convierten a menudo en verdaderos tratados filosóficos, teológicos,

científicos de gran utilidad e interés, al margen de la Escriturística. Isaac Israeli, por ejemplo, comentando los dos primeros capítulos del Génesis, compuso todo un tratado filosófico acerca de la creación. Tantas digresiones, al estilo talmúdico, que una crítica severa excluiría como extemporáneas en la economía literaria de muchos tratados o comentarios rabínicos, pueden convertirse, por separado, en bellas flores de leyenda, estimables lucubraciones o curiosidades anecdóticas de auténtico valor. Hoy que tantos filones se han agotado y por eso mismo se busca tan afanosamente la novedad, incidiendo a menudo en lo extravagante y en lo nimio, pueden los eruditos descubrir nuevos raudales en esa cantera del judaísmo y las inexhaustas producciones de su genio, más fecundo y elevado en las letras que el mismo numen helénico.

Aparte, pues, del interés general, tres son, en consecuencia, los sectores especializados a quienes esta rama literaria ofrece innegable utilidad, y que, por lo mismo, son los llamados a investigar en este campo de la exégesis escrituraria en lengua sefardí:

1.º En primer término los estudiosos de la Filología y cultura hebrea, dado que tales obras son producto y patrimonio del pueblo judío, exponen su ideología y toda la trama de su vida e historia y revelan todo el trasfondo de su alma individual y colectiva a través de las edades: un mundo, en suma, profundamente distinto del nuestro, aunque estrechamente conectado con él.

2.º) Los escrituristas, para los que se abren las puertas de un arsenal inmenso de datos y conocimientos de positivo valor para la elucidación literal y hasta alegórica del texto hebraico y las infinitas cuestiones en el mismo implicadas.

3.º Los investigadores de la Filología hispánica, en sus diversas ramificaciones: Gramática histórica, Dialectología, Paremiología, Folklore y demás aspectos en que la lengua extiende su radio de acción.

El ideal sería en este caso que la misma persona reuniera la triple cualidad de hebraísta, escriturario y filólogo. De no ser así, se impone al menos un orden de prelación y coordinación en el trabajo, para su mayor eficiencia. Ha de preceder el hebraísta, no solamente por los cuantiosos elementos hebraicos que en el ladino van incrustados, sino, ante todo, porque esas obras, como queda indicado, suelen ir escritas con caracteres hebraicos (escritura redonda o *rasí*), constituyendo por lo tanto un verdadero enigma para quien no esté versado en esa modalidad gráfica, tan inaccesible para él como el sánscrito o el chino.

* * *

Llegamos a la última parte, la más específica, de nuestro trabajo: la que se refiere a las fuentes para el estudio de la exégesis rabínica en lengua sefardí; lo que antecede es en cierto modo obligados prolegómenos, por tratarse de materias escasamente conocidas, fuera de un estrecho círculo de cultivadores.

La primera cuestión que podría suscitarse es la relativa a la totalidad de obras escritas en ladino, pero, desgraciadamente, es imposible efectuar un cálculo aproximado. El bibliógrafo Abraham Yaarí, autor del catálogo del rico fondo de esta especialidad existente en la Biblioteca Nacional de Jerusalén, estimó en 5.000 el número de libros diferentes impresos en ladino, en tanto que Salomón Rosanes eleva la cifra hasta el doble. "Gran parte de esas obras se ha perdido, y los esfuerzos de la Universidad Hebrea de Jerusalén por reunir lo que todavía existe no han tenido más que un éxito parcial." (EJG, VI, 498.)

Prescindiendo de otros géneros literarios, cuya consideración no cumple a nuestro propósito, los que se han ocupado recientemente del ladino hacen resaltar la abundancia de libros didácticos utilizados en las escuelas, y sobre todo los de temas religiosos, tan leídos en las veledas de invierno al amor del hogar doméstico, en las familias sefardíes conservadoras de las viejas tradiciones al par que del idioma español de sus mayores.

Pero hay que reconocer que el ladino se halla en decadencia, lo mismo como lengua escrita que hablada; paulatinamente se va olvidando, sustituida por el idioma del país en Oriente y Norte de Africa. En cuanto a las comunidades del Marruecos español, Tánger y ciertas ciudades de la Zona francesa del Protectorado marroquí, como Casablanca (en que la colonia hispano-sefardí es numerosísima), su habla se va despojando de las formas arcaicas y asemejándose cada vez más al español en su forma actual. Igualmente ocurre en las comunidades sefardíes de la América española. Como siempre sucede, los estratos sociales menos cultos son los que conservan más tenazmente las viejas formas lingüísticas y la antigua prosodia.

Como ejemplo de esa tendencia evolutiva del ladino (donde no desaparece) hacia el español actual, compárense las tres siguientes versiones de Jos. 1¹:

"Y fué empós morir Moseh, siervo de .A., y dixo .A. a Jeosuah hijo de Nun, servidor de Moseh, por dezir." (*Biblia de Ferrara*, 1553).

"Y fué después de morir Mosé, siervo de A., que diso A. a Yehosúa hijo de Nun, servisial de Mosé, por dezir." (Trad. Viena, 1814).

“Y aconteció después de la muerte de Mosé, siervo de A. que habló A. a Yehosúa' hijo de Nun, ministro de Mosé diciendo.” (Trad. Constantinopla, 1905).

La impronta sigue siendo la misma, pero el aire y sabor de la frase se va acercando visiblemente al módulo del español culto.

Como ensayo de ordenación de las fuentes para el estudio de la exégesis en la rama que nos ocupa, sea cual fuere el número de obras conservadas, podríamos establecer los ocho grupos siguientes:

I. Traducciones bíblicas.

I. El *Me' am lo' ez*.

III. Comentarios sueltos a diversos libros o pasajes del A. T.

IV. Compendios del A. T.

V. Obras varias originales con referencias o amplio contenido exegético.

VI. Versiones sefardíes de diversas obras judaicas de fondo exegético.

VII. Comentarios de obras “clásicas” judaicas.

VIII. Homilias sinagogaes y textos similares.

I. TRADUCCIONES BÍBLICAS

Es un principio evidente que la versión de un texto cualquiera a otra lengua implica necesariamente, por sí mismo, una forma de interpretación determinada entre los varios sentidos a que tal vez pudiera prestarse la expresión original. La polisemia verbal, que alcanza también a la frase entera, máxime cuando faltan los valiosos adminículos ortográficos que tanto precisan la significación oracional, como ocurre en los antiguos manuscritos y aun todavía en gran parte en los textos impresos de las lenguas semíticas; la ausencia de vocalización en la escritura ordinaria de éstas; y la forzada limitación expresiva del lenguaje humano, sobre todo escrito, son causas que, aparte de otras, imponen al traductor la elección de un sentido determinado con preferencia a otros.

Ahora bien, en la génesis de una obra el autor puede elegir entre los varios asertos o sentidos verbales que afluyen a su mente y plasmarlo en la dicción definitiva; el traductor, en cambio, ha de someterse íntegramente al pensamiento del autor con todos sus matices, al que no

puede corregir ni falsear, debe esforzarse todo lo posible por desentrañarlo de la masa verbal en que aparece envuelto, como el alma en el cuerpo, y darle nueva forma en otra lengua. A este supremo e ineludible ideal se oponen: de un lado, la nimia libertad aun al socaire de los ornatos y arrequives, que sean ajenos al original o motivados por necesidades métricas, con que se pretenda revestirlo en la versión, y de otro la excesiva literalidad, en que se sacrifica el sentido por querer inhumanamente acomodar, como en un lecho de Procusto, los vocablos y fraseología de la traducción al lenguaje original. *In medio virtus*: ante todo, captar fielmente el sentido literal y obvio, meta con frecuencia harto difícil por numerosas razones y quizá en mayor escala tratándose de la Biblia; y en segundo término reproducir, dentro de los límites trazados por el genio de cada lengua y el estilo de cada nación, época y autor, las modalidades lingüísticas del texto original.

De los dos vicios apuntados, el primero, excesiva libertad, solamente suele presentarse respecto a las traducciones sefardíes de la Biblia, únicas que aquí nos interesan, en el sentido acomodaticio (prescindamos de la Cábala) que a veces se atribuye a ciertos textos en las citas rabínicas. Más frecuente —mejor diríamos lo habitual— es el segundo, exagerado literalismo.

No ha de creerse, sin embargo, que tales versiones sean no más que un calco servil y enigmático del texto hebraico. El sentido se revela con bastante claridad en la versión castellano-sefardí; mas, aun teniendo en cuenta las características de este dialecto hispánico —pues como tal debe considerarse—, la frase va ceñida tan estrechamente, *de verbo ad verbum*, al texto original, que sufre evidente menoscabo la propiedad y rigor sintáctico de la lengua española. Hay que tener en cuenta, no obstante, que semejantes normas, aunque generalmente no tan extremadas, han prevalecido desde las más antiguas versiones, como la de los LXX y la Vuigata, al trasladar a otras lenguas el texto bíblico. De ahí los infinitos hebraísmos de que aparecen esmaltadas, unos incorporados posteriormente al caudal de esos idiomas, y otros enquistados en las versiones como elementos exóticos, erróneamente interpretados tantas veces por la masa de lectores.

En las versiones judaicas del A. T., desde los más antiguos ejemplares registrados, de los siglos medievales, pasando por la famosa Biblia de Ferrara, que las recoge y estereotipa en cierto modo, hasta las ediciones dadas a la stampa en nuestros días, ese literalismo a ultranza es la única manera consagrada de traducir el texto sagrado.

No se crea, sin embargo, que tal norma haya constituido el canon de todo traductor entre los hebreos; prueba palmaria de lo contrario son las pulcras traducciones a la lengua santa de las obras compuestas en árabe por los grandes escritores del judaísmo medieval, así como otras vertidas al ladino, aunque algo suelen resentirse del excesivo apego al original. Había, y aun perduran, algunas razones poderosas, para preferir ese férreo literalismo en las versiones del sagrado Libro. Todos sus destinatarios habían sido iniciados en el conocimiento de la lengua hebrea (costumbre perpetuada hasta hoy) sobre el texto bíblico desde su infancia, de un modo empírico en la *bet ha-séfer*, a tenor de dichas traducciones y con vistas exclusivamente a una iniciación rudimentaria en el hebreo litúrgico y escriturario. Los que luego ingresaban en la *yesibá* adquirirían un conocimiento más amplio y sólido. Con aquel ligero barniz, un traducción de tipo "interlineal", bien ajustada al texto hebraico, constituía un valioso auxiliar para la lectura directa de éste.

Por otra parte, la profunda veneración sentida hacia la Palabra de Dios representaba un freno que reprimía fuertemente la libertad fraseológica del traductor, y obligaba así a mantener, como en la Vulgata latina, declarada "oficial" por la Iglesia católica, un texto único vulgar, con más fortuna que en las traducciones realizadas por los cristianos en los respectivos países desde que éstas se autorizaron. Tenemos, pues, junto a la venerable versión de los LXX, que tan grande predicamento ha gozado siempre, peculiar de la Iglesia griega, y la Vulgata por antonomasia, como se ha venido llamando a la versión latina usada en la Iglesia occidental desde hace más de quince siglos, otra especie de vulgata sefardí, de ocho siglos de antigüedad, que recoge y refleja toda la prístina exégesis rabínica, y que, sin embargo, apenas ha sido tenida en cuenta en las traducciones y totalmente preterida en los comentarios bíblicos realizados por los exegetas cristianos. Esta tercera "vulgata" comparte con las otras dos el privilegio de indisputada hegemonía y "oficialidad" en un gran sector humano, cual es el mundo sefardí.

En confirmación de nuestros asertos, nos place estampar las siguientes conclusiones, aunque algo burdamente bosquejadas, del P. J. Llamas, que ha efectuado concienzudos estudios acerca de las antiguas biblias judías medievales romanceadas ²:

(2) Vid. *Sefarad* IV (1944), pp. 219-244, IX (1949) pp. 53-74, XI (1951) pp. 289-304. Item *La Ciudad de Dios*, 1947, pp. 560-562.

“Con los resultados anteriormente señalados a la vista, el capítulo de la historia de la lengua y literatura españolas referente a la cultura judaica en España cuenta desde este momento con las dos siguientes conclusiones: a) El romance español en boga entre los judíos de España fué el castellano del siglo XIV, el cual, levemente modificado, perdura hasta hoy entre los hebreos que hace cuatro siglos continuán hablándolo fuera de las fronteras de la nación ibérica. b) La Biblia castellana de los judíos ha sido siempre la misma a partir de su nacimiento en la décima cuarta centuria medieval, pero sufriendo la modificación recensional de la Biblia ferrariense, que es la que sigue utilizando la progenie sefardí.” (*Sefarad*, IV (1944), p. 241).

Así, pues, en las traducciones de la Biblia efectuadas por los judíos españoles y en las ediciones estampadas hasta hoy por los sefardíes se advierte una gran unidad, a partir de la “rica proliferación de versiones castellanas de la Biblia, trabajadas por judíos de España, a partir de la mayor edad del lenguaje de Castilla en los días de Alfonso X el Sabio”. (*Sef.* XI, 289).

La citada Biblia de Ferrara (1553), en sus varias ediciones, entre las que se destaca la tercera, bilingüe (1762, Amsterdam), es heredera directa de las biblias medievales judeo-españolas, y ha gozado hasta hoy de universal veneración entre los judíos, tanto sefardíes como incluso askenasíes³. Recuérdese, además, que apareció con la aprobación eclesiástica. Algunas versiones modernas (cfr. *supra*) introducen retoques y pulimentos de estilo, en gracia a la mayor claridad, pero substancialmente sigue siendo una la vulgata sefardí.

Véase, a título de ejemplo, el siguiente pasaje de Isaías (I¹⁶⁻²⁰) tomado de la versión ferrariense:

“Lavadvos, limpiadvos, tirad maldad de vuestras obras de enfrente mis ojos: cessad de emalescer. Aprended bien hazer, requerid juicio, adereçad el oprimido: juzgad huérfano, litigad (por) viuda. Andad ahora y razonemos dize .A.: si fueron vuestros pecados como la grana, como la nieve se emblanquecerán; si se embermejecieron como el carnesí, como la lana (blanca) serán. Si quisierdes y oyerdes: mejoría de la tierra comereys. Y sino quisierdes y rebellardes: a espada sereys afinados, que boca de .A. habló.”

(3) En 1945-46 publicóse en Buenos Aires una nueva edición, también bilingüe, de la misma en cuatro tomos, pero modernizando el estilo. Vid. reseña en *Sef.* VII (1947), pp. 427-429.

II.--EL ME'AM LO' EZ

Quizá la obra de mayor envergadura compuesta en ladino, al menos por lo que a exégesis bíblica se refieré, sea la titulada *Me'am lo'ez*⁴, que abarca 13 tomos, elaborados por nueve autores, desde 1730 hasta 1899, y aun está sin terminar. Es un vasto comentario general a toda la Biblia, en el cual se da entrada a toda clase de materiales tomados de las obras clásicas del judaísmo, máximas, tradiciones, leyendas, saber popular, etc.

“No existe obra parecida en la literatura judía, ya sea en hebreo o en otros idiomas. Podría calificársela de antología sefardí o hasta de enciclopedia popular. El estilo es claro, flúido y de gran riqueza de vocabulario.”

De la calidad y estimación de esta obra por los judíos da idea el siguiente juicio. A diferencia de un libro algo similar compuesto en idish, “*Meam Loez* no está destinado principalmente a las mujeres y a personas totalmente incultas, sino que pretende incluso suplementar los estudios de la *yeshivá*, sin ser libro erudito propiamente dicho”. (EJC, VII, 348).

Inició su publicación el rabino Jab ben Meir Houlli, de Constantinopla, en 1730, y preparó el conjunto de la obra basándose en el *Talmud*, los *Midrashim*, el *Zóhar* y los escritores judíos medievales de mayor renombre, tales como Rasí, Ibn 'Ezra, Bahya ibn Paquda, Qimhí, Gersónides, Nahmánides, Isaac Arama, Abravanel, etc., y utilizando asimismo la copiosa fuente de las tradiciones populares.

Las numerosas ediciones totales y parciales de esta obra en diversas poblaciones son una prueba elocuente de la gran popularidad de que ha gozado. Sobre todo en Turquía ha sido el libro más estimado y leído en las comunidades judías desde su aparición hasta nuestros días, y el “que más ha contribuído a formar el alma sefardí” (*Ibid.*).

Las precedentes consideraciones bastan para demostrar la utilidad que reportaría una edición de esta obra magna con caracteres latinos, introducciones y notas, es decir, presentada al gusto del moderno lector europeo, pues ya se adivina que su interés rebasaría el ámbito meramente español e hispano-americano.

A continuación damos un espécimen de esta obra, tomado del tomo primero (Comentario al Génesis):

(4) El título, un poco arbitrario, está formado las dos últimas palabras de Sal. 114¹, y significan sencillamente “*Del pueblo extranjero*”.

Gén. 1^o: "Wa-yo'mer 'Elohim yehí 'or, etc. Agora mos abiza la Ley de todo lo que se crió, día por día; y sabréis que hubo razonamiento entre los sabios. Rabí Yehudá dize en 6 días se crió el mundo, y R. Nehemía dize todo por entero fué criado en un punto por comando dél S [em yit [barek], ma enbiluntó de azer crescer cada coza en su día, aun-que ya estaba todo pronto del primer día. Y en Nisán se crió el mundo, y ay quien dize en Tisri, y dizen que todas las dos sebarot (*opiniones*) son verdaderas, que en Tisri tuvo entensión de criarlo, ma no se crió asta Nisán, que así fué su voluntad."

III.—COMENTARIOS SUELTOS

Aunque ha habido comentaristas, como Rasí o Abraham Ibn 'Ezra, cuya vasta labor se ha extendido a casi todos los libros del A. T., lo normal es que se hayan limitado a alguno en particular, o tal haya sido, en todo caso, su comienzo en la labor exegetica, por más que después haya ido adquiriendo ésta proporciones universales. El Pentateuco, por su trascendental importancia, se lleva la palma en cuanto a comentarios y supercomentarios, como también en la amplitud de los mismos.

El caudal de estas obras en ladino es grande; unas fueron compuestas originariamente en esta lengua, y gran parte son traducciones del hebreo y hasta del idish.

Aparte de estos grandes comentarios de mayor empeño y erudición acerca de un libro entero del A. T., de los más extensos o fundamentales por la envergadura de las cuestiones en ellos implicadas, son muchos los de menor cuantía y más ligera exposición, elaborados para la generalidad de los lectores o para ser leídos en las reuniones sinagoga-les. A este grupo pertenecen sobre todo gran número de sucintos comentarios sobre los cinco *Meguilot*, o sea Cantar de los Cantares, Rut, Trenos, Qohelet y Ester, especialmente leídos en determinadas festividades.

En estas obritas se elucida, versículo por versículo, la significación del texto, predominando las consideraciones alegóricas, sobre todo en el primero, donde se declara y pondera el amor de Dios a su pueblo Israel, que es la interpretación tradicional dada por el judaísmo al Cantar de los Cantares. Numerosas son las ediciones sueltas de estos pequeños comentarios; mas también se encuentran reunidos en las ediciones completas y comentadas de la Biblia. Tal ocurre, por ejemplo, en

la de Viena, 1814, en varios tomos, que lleva como título *Séfer 'arba' ah we-'esrim* (Heilige Schrift) y comprende el TH, traducción del ladino, comentario de Rasí y a continuación de cada uno de los Cinco Volúmenes su "Targum ladino" o comentario, aparte de otros apéndices.

Transcribimos, a continuación, el principio del comentario a cada uno de los Cinco Meguillot:

Cant. "Cantares y alabaciones que diso Selomó el Profeta, rey de Israel, con espíritu de profecía, delante Señor de todo el mundo, A: Diez cantares fueron dichos en el mundo el éste; cantar éste alabado más que todos ellos. Cantar primero diso Adam en ora que fué perdonado a él su pecado vino el día de sabbat y mamparó sobre él abrió su boca y diso salmo cantar para día de sabbat."

Rut. "Diez ambres fuertes fueron esetensiadadas de los sielos por seer en el mundo dezde el día que fué criado el mundo hasta que benga el rey el Mesiah, por castigar con ellas a moradores de la tierra. Ambre primera en el día de Adam ha-rason. Ambre segunda en el día de Lamek. Ambre tresera en día de Abraham."

Trenos. "Diso Yirmeyah el profeta y el cohen el grande como se asetensió sobre Yerusalayim y sobre su pueblo por juzgarse con quitamientos y por endechar sobre ellos 'Ekah al modo que se juzgaron Adam y Hawah que se desteraron de gan 'Eden y endechó el Señor del mundo sobre ellos 'Ekah."

Qoh. "Palabras de profecía que aprofetizó Qohélet el Selomóh ijo de David el rey que era en Yerusalayim. Cuando vido Selomóh rey de Yisrael con espíritu de nebuah el reino de Reháb'am su ijo que era aparejado por espartirse con Yarob'am ijo de Nabat y a Yerasalem y el bet ha-miqdas que ellos aparejados por destruirse y a el pueblo de ijos de Yisrael que ellos aparejados por catibarse diso con-su dicho: Nada de nadas el mundo el éste, nada de nadas todo lo-que trabajé yo y David mi padre, todo él nada."

Est. "Y fué en días de 'Ahasveros, el 'Ahasveros uno de diez reyes que enreinaron y aparejados en-el mundo, y éstos ellos los diez reyes: reino primero de rey de los reyes A: Seba'ot que con apresuransa se engrandesca su reino sobre nos. Segundo, de Nemrod. Tresero de Far'oh rey de Ayifto. Cuarteno, de Yisrael. Quinto, de Nebukadnesar rey de Babel. Sezeno, de 'Ahasveros. Seteno de Yaván. Ochavo, de Romí. Noveno de Mesiah ijo de David. Dezeno, de rey de los dies A: Sebaot que con apresuransa sea descubierta su reino sobre nos y sobre todos moradores de la tierra."

IV.—COMPENDIOS DEL A. T.

La índole marcadamente popular y didáctica que caracteriza al ladino y su literatura cristalizó en obras dirigidas a personas de poca densa cultura, a las mujeres, cuya educación, sobre todo religiosa, no se descuidó, y a la infancia. Tales son los compendios de la Sagrada Escritura redactados en judeo-español, similares a nuestros manuales de Historia Sagrada para niños y para el pueblo, que en todo tiempo se han compuesto en los países cristianos.

Aparte de este género de obras, son infinitos los pasajes, textos y referencias aducidos en los rituales, libros de rezo, de ascética y mística, hasta el punto de que, parodiando a Menéndez y Pelayo (que lo aplicó al español), bien podría asegurarse que sería fácil elaborar una biblia en ladino con el florilegio de citas espigadas en la literatura sefardí.

Generalmente dichos compendios son un centón de párrafos y frases entresacados de las traducciones, marcadamente literales como reiteradamente queda indicado, del sagrado texto. El título suele ser, como de costumbre en toda la literatura hebrea, alguna expresión bíblica; la disposición concuerda siempre con la del libro correspondiente en el TM; se conservan a menudo las secciones o parasás de éste; y se encabezan los capítulos con el principio de la frase hebrea del texto a que se refieren. Eventualmente se intercalan asimismo oportunas observaciones y aclaraciones. También suele preceder alguna Introducción.

El siguiente fragmento que como ejemplo transcribimos, está tomado del *Séfer léhem Yehudá* (Salónica, 1888), t. II, pág. I, Séfer Yehosu' a:

“El declaro de capítulo primo fin capítulo 6.—Wa-yehí 'ahare mot Moséh etc. Después que murió Moséh rabinu (‘alaw ha-salom = *sobre él sea la paz*), le diso el S[em] yit [barek] a Yehosu'a: Moséh mi siervo murió, y tú saves que les tuve aprometido a Yisrael de darles a las tieras santas y juré que non tiene que entrar adentro de ellas. Agora te nomini a ti en su lugar por que rijas a este pueblo y los agas pasar por este Yardén. Si estava bivo Moseh non podía ser que tú los izieras pasar, por dos razones: prima, siendo sos su elivo (talmid = *discípulo*) non podías regir a este pueblo en estando él bivo; segunda, por cabza de la jura que juré que non deví entrar a esta tierra santa, con esto imposivle que se iziera este pasaje por tu mano.”

V.—OBRAS VARIAS ORIGINALES CON REFERENCIAS O AMPLIO
CONTENIDO EXEGÉTICO

En ladino se han escrito toda clase de obras, religiosas y profanas, si bien, como queda dicho, ocupan un lugar preferente las traducciones, sobre todo del hebreo, por el especial prestigio de la lengua santa, y también compendios y arreglos de las obras más famosas de la literatura judaica y universal.

La Biblia es siempre la fuente principal e inextinguible de Israel en todas sus creaciones, como lo fué también de modo preponderante en las literaturas y el arte de los países cristianos en pasadas centurias.

Aparte de los extractos de las obras “clásicas” del judaísmo, en todo tiempo se han escrito en ladino durante los últimos cinco siglos libros de apologética “en defensa de la religión menospreciada”, morales, educativos (v. gr. *Medicina de la vida*, por Isaac de Paz, Amsterdam, 1734), ascéticos, místicos y cabalísticos. Advertimos que muchos de esos libros, compuestos en ladino, llevan el título en hebreo, v. gr. el anteriormente estudiado *Me'am lo' ez*.

Mención especial merecen las coplas y romances, entre los que abundan los temas religiosos o escriturísticos, v. gr. *Cantares para alabar al Dio* en la festividad de Purim (Livorno, 1820), las *Coplas de Joseph*, historia rimada de este personaje bíblico compuesta por Abraham Toledo en 1732, o el romance —por citar uno entre mil— *Un hijo tiene el rey David*, sobre el episodio de Amnón y Tamar.

Como ejemplo ponemos la primera de una serie de *Complas de Purim* insertas en una obrita titulada *Séfer Alegrias de Purim* (Livorno, 1907).

“Empezar quero contar,
Ijos del Dios alto,
De lo que quero mentar
Nada llo no falto
Con rezo e-canto
E con gran plazer,
Porque Hamán el mamzer
Mos quizo matarnos
También atemarnos.”

VI.—VERSIONES SEFARDÍES DE DIVERSAS OBRAS JUDAICAS DE FONDO EXEGÉTICO

Ya indicamos la multiplicidad lingüística que ofrece la literatura del pueblo hebreo considerada en su conjunto; mas la porción que podemos llamar "clásica" es la constituida por las venerables obras de los grandes doctores de la antigüedad y medievo compuestas en hebreo o bien en árabe, pero traducidas al hebreo y más leídas en esta lengua. Destácanse de modo especial las producciones de esa época áurea de la literatura hebrea que fué la hispano-árabe, en la cual florecieron tan ilustres ingenios en todas las ramas del saber, singularmente en la poesía sagrada, exégesis en sus diversas formas y literatura religiosa en general.

El *Moré nebulim* de Rambam, el *Hobot ha-lebabot* de Bahya ibn Paquda, y las más selectas de esa pléyade de escritores se tradujeron al ladino más de una vez, y los escasos ejemplares de esas antiguas versiones los guardan como oro en paño sus afortunados poseedores. Tras laboriosas búsquedas y a altos precios hemos conseguido algún ejemplar de esas raras ediciones.

Bonilla San Martín prestó un buen servicio a las letras hispanas editando la traducción al español (no al ladino) por Jacob Abendana del *Cuzari*, la famosísima obra apologética de Yehudá ha-Leví; pero desde los puntos de vista filológicos de que anteriormente hicimos mérito, mayor interés tendría la traducción anónima, del siglo XIV, existente en la Biblioteca Nacional. Al dar a conocer a los lectores hispanos los tesoros de la literatura judaica sería de gran utilidad empezar por las traducciones antiguas y en ladino, si las hay, que al propio tiempo servirían de firme base para un estudio completo ulterior, al par que de valiosa ayuda para la lectura del texto hebreo por su mayor literalidad.

En las enciclopedias y manuales de literatura se mencionan a veces antiguas traducciones de la Misná, Talmud, Zóhar, etc., que nadie ha visto o son por lo menos inaccesibles. Lo indudable, de todos modos, es que existen en ladino por lo menos algunos compendios (v. gr. *Léqet ha-Zóhar* (Selección del Zóhar, Belgrado 1859), comentarios y versiones de ciertos tratados como el *Pirque 'Abot*, del ritual de *Pésah* y de no pocos himnos y poesías litúrgicas.

Todo ello constituye un fondo ladino muy estimable para la investigación de la exégesis rabínica en esta lengua.

Del popularísimo libro de Ibn Paquda hay una traducción por José

Formón (1713) y otra posterior de Israel ben Hayyim de Belgrado (Viena, 1822), de la cual extractamos el siguiente párrafo, con que da principio la *Puerta primera*; capít. 1.º:

“Dijo el Hasid que toda la arte o-la definición de aunar a-el S [em] yit [barek] con corasón conplido es y debe desir a-que-sean la lengua y el corasón iguales, en aunar a-el S [em] yit [barek], después de haber entendido con prebas claras ay Dio, y-como es uno berdadero y berdaderamente, porque el aunar a el S [em] yit [barek] se reparte según los sezos de la gente y-sus saberes o-conosimientos y entendimientos siendo ay algunos que-lo aunan solamente con-la lengua y es la razón que oía a-la gente decir que el S [em] yit [barek] es uno.”

VII.—COMENTARIOS DE OBRAS “CLÁSICAS” JUDAICAS

Aparte de la Biblia, que ocupa el lugar preeminente y excelso en la vida e historia de Israel, el Talmud (Misná-Guemará), segunda Biblia del judaísmo, y su libro más representativo en la Diáspora, ha ejercido una influencia absorbente en la actividad intelectual judaica, en la legislación y ciencias rabínicas. Por eso se le ha dedicado atención primordial en las escuelas y academias superiores, se le ha comentado largamente, y de él ha surgido una copiosísima literatura, que se pone de manifiesto con sólo pasar la vista por cualquier biblioteca hebrea. Inspirándose en sus principios y máximas se han compuesto tratados de ética no solamente en hebreo sino también en ladino. A la vista tenemos *La vida del judío según lo indica el Talmud* de principios de siglo.

Innumerables son las ediciones, comentarios, traducciones, etc. del tratado *'Abot*, la perla del Talmud, vademécum de moral de todo piadoso israelita, que contiene las máximas preferidas de los tannaítas o antiguos doctores.

Otras muchas obras de famosos rabinos, como el comentario de Rasí sobre el Pentateuco y varias de Maimónides, aparte de los poemas de los grandes vates judíos incluidos en la liturgia sinagogal, han logrado la consideración de “clásicas” dentro del judaísmo.

Natural es, por lo tanto, que esa porción tan selecta de la literatura hebraica se haya puesto al alcance de los piadosos sefardíes en multitud de obras de divulgación y comentarios. De este orden es el *Trezo*

judaísmo o Mille de'Abot, por Hayyim Yishaq Shaqui (Cairo, 1907), del cual extractamos el siguiente párrafo (pág. 11):

“Uno de los principios del judaísmo es la conbicsión (fe, 'emunáh) de la recompensa y la pena (sakar we 'ones). Quere dezir que el Todopoderoso paga a cada uno según sus obras, buenas o malas, según diso el profeta Yirmeyáh (32,19): Que tu providencia cata con atansión sobre todos los rijos de las personas por dar a cada uno según su meresimiento y según el fruto de sus obras. Este prinsipio es de los más interesantes por la religión, porque si no es el espanto que tiene el ijo de ombre de ser apenado del Dio se aze contra su biluntad y no obedese a los comandos de la ley, y si no es también la esperansa que tiene de ser recompensado del Dio por sus buenas obras, cualo es lo que le óbliga a combatir por benser a su apetito malo etc.”

A continuación transcribimos el § I de *La Vida del judaísmo según lo indica el Talmud*:

“*Ha-hebrah* — El bibir con la gente. Si llo no cuidare por mi echo, quen cuidará por mí? y cuando llo cuidare (solamente) por mí, qué sería de mí? (*'Abot*). Leisión por el ombre que se fatiga solo por su probecho, es esemplado a los animales que no se fatigan uno por otro, ma que aquellos lla se mantienen sin apreto y sin estrechura y sin ovrar ningún ofisio.”

VIII.—HOMILÍAS SINAGOGALES Y TEXTOS SIMILARES

Una de las tres grandes ramas de la primitiva literatura post-bíblica, con la *halaká* y la *hagadá*, son los *midrásim*, originariamente formados a base de la enseñanza impartida en las sinagogas, con independenciam de las escuelas, y que después se recopiló para la lectura y estudio en privado. Las enseñanzas de los rabinos y sus adoctrinamientos morales, tan eficaces para la formación de la juventud y el mantenimiento de la piedad religiosa en Israel, constituyen parte destacada de su literatura. La savia que los anima es totalmente bíblica, de ahí su gran valor para la exégesis. El carácter complejo de esta rama literaria en los primeros siglos, que en el fondo se ha conservado religiosamente, está expresado por A. Cohén (*El Talmud*, introducción), en estos términos:

“A través de todo el período talmúdico, sin hablar de los siguientes, la sinagoga tenía tanto de escuela pública como de lugar de culto. La masa del pueblo carecía del gusto y capacidad requerida para la dialéctica halákica, y en la sinagoga se proveía a las necesidades de su instrucción religiosa. Particularmente la tarde del sábado se destinaba a suministrar al ansioso auditorio toda satisfacción intelectual, espiritual y moral. Homilias recriminando las faltas más generalizadas, exhortaciones encaminadas a inspirar valor y esperanza a una comunidad oprimida y reafirmar en ella la voluntad de vivir, exposición de las relaciones que unen a Dios, el soberano Artífice, con el universo, su obra, o al hombre con el Creador, hábil elucidación de textos escriturarios, que les revelaban a una luz nueva o abrían a la mente nuevas perspectivas: tal era el alimento ofrecido en las sinagogas a la instrucción y paladeo de los espíritus.”

El siguiente párrafo del antes citado *Séfer Alegrias de Purim* nos puede dar alguna idea de tales alocuciones:

“Alegrabos, ermanos, el meldador y el oidor, y acustá güestras orejas a-sentir los milagros que mos izo nuestro Criador, siendo catibos todo Israel en tierra del enemigo. Vazíos de todo lo bueno sin ningún abrigo, izo por su nombre el grande que fué llamado sobre mozotros, y por zakut de nuestros padres santos que rogaron por mozotros, y que sepan todo el mundo que Él es el Dio vedradero, grande y temerozo, fué y es y será, y que nonuca mos desó ni mos desará.”

* * *

Tal es el esbozo que proponemos, como primer intento de una clasificación y exposición de las variadas fuentes para el estudio de la exégesis rabínica en lengua sefardí que nos ofrece esta interesante modalidad dialectal hispánica, como síntesis además de la inmensa labor exegética de los doctores del judaísmo. El campo es dilatado y, lo que es más sorprendente, del todo inexplorado.

Como labor previa, se impone la publicación de una *Biblioteca sefardí* que recoja lo mejor de esos venerables tesoros del alma de esos admirables “españoles sin patria”, que durante cinco siglos, entre azares mil, han conservado la lengua de sus antepasados y un caudal millenario de espiritualidad como precioso vínculo con la que siguen considerando como su patria.

David Gonzalo Maeso